



El Eco de Cartagena

Diario decano de la Prensa del Reino de Murcia y de la Región de Levante

Don Diego Tortosa en el Certamen literario

Atrevimiento grande es querer bosquejar la palabra fluida, elevados conceptos, ciencia y erudición vastísima, que constantemente brotan del inagotable verbo del Dr. D. Diego Tortosa, pero a ruego de muchos amigos y por merecerlo el acto, vamos a tratar de trasladar aquí algunos de los múltiples y sublimes pensamientos que derrochó en su incomparable discurso.

Comenzó diciendo:

Día el de hoy de imborrable recuerdo en nuestros Anales. Fecha que si hubiéramos de marcar con piedra blanca para matizarla no serían a propósito ni la blancura de la nieve, ni la de la aurora, ni la del cisne. Y es que hoy Cartagena, la que ofreció siempre ante los altares de su Virgen lo mismo sus alegrías que sus tristezas; la que para ceñir a las sienes de su patrona la Virgen de la Caridad, forjó bellísima corona, plebiscito de amores donde se fundieron la dádiva del potentado con la limosna empapada en lágrimas que el indigente tuvo que restar a su alimento y a su comida. Cartagena ha puesto hoy digno remate a sus fervorosos entusiasmos; y entre vitores entusiastas y aplausos delirantes en medio del volter de las campanas, de los estampidos de la pólvora y de los sonidos de la música, bajo repetidos arcos de triunfo, tantos en número que algunas de sus calles parecían un gigante, un continuado arco triunfal, Cartagena sacó a su Virgen de su templo y la condujo al Muelle coronándola allí, en escenario digno de su grandeza; allí donde Cartagena pudo proclamar la realeza de su patrona ante barcos de todas las naciones que representaban al mundo entero; allí donde la Virgen pudo tener por alfombra de sus plantas la celeste inmensidad de las olas, y por dosel de su frente el firmamento azul empurpurado por los rayos del Sol que se ha complacido hoy en ser un Cartagenero más, asociándose al acto desde un cielo sin nubes, y sobre todo donde por regia marcha a su Soberanía, la Virgen tuvo la marcha real que junta con el tronar de los cañones y los acordes de la música entonaban en el fondo de los pechos vibrantes de entusiasmos escalofriantes de emoción, los corazones todos proclamando la realeza de la Virgen de la Caridad, que es el compendio, el resumen, la síntesis de todos los amores cartageneros.

Y ese acto inenarrable de esta mañana se reproduce esta noche en el cuadro deslumbrador que en estos instantes fascina nuestros ojos. Cuadro constituido por éste coliseo regiamente vestido de fiesta, repletas sus localidades por todas las clases de la sociedad y por este escenario donde brillan todas las aristocracias, la del oro, la del pergamino, la del valor, la de la autoridad, la del pensamiento, al frente de las cuales figuran el representante de nuestro glorioso monarca, del gran Alfonso XIII, orgullo de propios y admiración de extraños; presididas en esa Reina y en esa corte por la más alta de las aristocracias de la tierra; por la de la hermosura realzada por la virtud. Cuadro en que la música, poesía sin palabras y la poesía música del pensamiento y la elocuencia, misterio espiritual donde se dan cita todas las artes bellas vienen de nuevo en nombre de Cartagena a ceñir a las sienes de la Virgen de la

Caridad la más preciada de las coronas, la construida con oro cortado de las canteras del pensamiento; la formada con perlas recogidas de las profundidades del Océano del corazón como si hoy ésta ciudad florón del confin murciano, archivo de nobilísimos recuerdos y cuna de preclarísimos varones, libro de piedra donde la rugosa mano de las centurias escribieron sin tasa páginas inmortales; balcón de luz por donde orgullosa se asoma España al mar latino y puerta de par en par abierta por donde la civilización y el genio clásico penetran en España como si hoy Cartagena olvidada de sus restantes glorias numerosas como las arenas de la playa, y brillantes como los astros de la inmensidad, se complaciera solo en repetir una y mil veces que su timbre de honor más preclaro consiste en el amor a su Patrona, que su mayor título de gloria consiste en llamarse la ciudad enamorada, la ciudad predilecta, la ciudad hija de la Virgen de la Caridad.

Dice que Cartagena lo ha elegido a pesar de su pequeñez, Mantenedor de un acto tan grande, porque Cartagena sabe que fué siempre un enamorado y reclama la benevolencia de esta.

Recuerda el nacimiento de los juegos florales de donde surgieron los trovadores y el lema patria, fe, amor, ideales que también fulgen en la corona de la Virgen puesto que la Virgen ha sido para nuestro pueblo creadora de la patria, inspiradora de la fe, y fuente inextinguible del amor.

Expone el concepto de la patria arrancando frenéticos aplausos al auditorio y al indicar que la Virgen alentó también a nuestros marinos en Santiago de Cuba en 1898, se produce una escena inenarrable en el teatro.

Más grande, dice el orador, fueron nuestros marinos en Santiago, que en Trafalgar y en Lepanto; por que mientras en Lepanto y Trafalgar podían vencer, en Santiago solo podían morir, mientras en Trafalgar y en Lepanto fueron héroes, en Santiago solo podían ser mártires que cayeron envueltos en el más glorioso de los sudarios; en el sudario de un sacrificio estéril: reliquia de aquel hecho que cierra con un gesto espártano nuestras guerras coloniales es ese heroico marino cartagenero que nos escucha: D. Luis Fajardo, quien cortado un brazo a cerceño y escapándosele por aquellas arterias rotas la vida, menospreciando a la muerte saludó con el otro brazo la bandera de España... (aplausos entusiastas interrumpen al elocuentísimo orador) gestos con que saludaba la sombra augusta de la patria que contemplaba tan gigante; tan inenarrable sacrificio (salva de aplausos interrumpen completamente al orador)...

Todos vuestros aplausos anteriores —dice el orador en un raptó inspirado,— unidos al mío los he puesto yo ante las plantas de la Reina de Cartagena, de la Virgen de la Caridad. Estos los ofrezco en nombre del pueblo cartagenero como un haz de laureles, como un pedestal de gloria a los pies del heroico señor Fajardo y sobre ese pedestal para que a los ojos del pueblo cartagenero se ostente la figura de su héroe yo suplico al señor Fajardo que se levante para que le podamos admirar, para que lo podamos aplaudir. (Lleno de emoción el señor

Fajardo se levanta y el público en pie y electrizado tributa al glorioso marino y en el glorioso marino a España una ovación cerrada que corta el acto por algunos minutos.

La Virgen con idéntico amor aunque con distintas advocaciones, ha creado y ha modelado el carácter de las distintas regiones españolas. Y una en el amor y varia en las advocaciones fecundado con su protección lo mismo a España que a cada una de las regiones españolas, enseña a resolver el candente problema regionalista, amar la región patria chica pero delatar el amor por España la patria grande, mostrando que el separatismo es la locura de las locuras porque es a la vez fratricida y parricida. Poema que no ha encontrado todavía su cantor ha trazado la fe en la historia española.

En párrafos inspiradísimos que arrancan tempestades de aplausos lo canta el orador, asegurando que por la sustancialidad de la religión con la patria española, si los brazos de la cruz no sombrearan el territorio español, España dejaría de ser España; razón por la cual España jamás será desertada de su fe ni en ella se concibe la apostasía.

No es el amor, inspiración del arte, el que nace entre fango y corre entre vicios sino el que encarnó bajando del cielo en las entrañas de María y derramó su sangre que se ha dilatado como río de fuego por la historia renovando hasta la médula el corazón del hombre y tiñendo con luz de aurora los cuadros más adyectos de la miseria, desde el hospital donde se sufre hasta el campo de batalla donde suelta su desmelenada cabellera de víboras el odio, pero encarnación suprema de todas las sublimidades, esos ángeles de la tierra que se llaman Hermanas de la Caridad.

Una brasa de ese horno de amores debe saltar en forma de patriotismo al corazón de nuestro pueblo en estos momentos decisivos para la Patria.

Pudimos declararnos neutrales en la contienda que convirtió al mundo en manicomio sangriento, pero en la lucha hirviente que se ha trabado entre las naciones por engrandecerse y conquistar el porvenir la neutralidad equivaldría a la muerte.

Para triunfar en esa lucha reavivemos los caracteres de nuestra personalidad histórica harto borrosos: que pueblo que no nutre sus raíces en la savia indestructible del pasado y hace tabla rasa de sus tradiciones es un cadáver que está pidiendo un panteón en el osario de la historia.

Hace una maravillosa descripción del patriota, que arranca aplausos a la concurrencia y dice que como hay que engrandecer lo que se ama que es preciso para engrandecer a España que se cumplan los que se han llamado los tres dogmas del patriotismo español: la aproximación a Portugal, la dominación del estrecho y la fusión estrechísima con América.

Y a qué hablar, dice, en Cartagena de Caridad, de esa roja flor de sacrificio que se abre en los pechos a donde cayó una gota de sangre de Cristo o una lágrima de la Virgen. Si alguien ha dicho que la Caridad no tiene patria porque no tiene patria la miseria, porque no tiene patria el corazón es porque desconoce a Cartagena que

si se ha definido Roma la ciudad de los recuerdos y París la ciudad de los placeres, conociendo a Cartagena había que definirla la ciudad mansión, residencia, cuna, patria de la Caridad; y caridad tan innata que si se hubiera de trazar de nuevo el escudo de Cartagena había que añadirle su cuartel acaso el más brillante: esa capacha legendaria que jamás salió a la calle sin volver abarrotada de monedas; monedas que no son ni oro ni plata ni cobre ni dádivas del rico, ni gotas de sudor del menesteroso, sino que son pedazos del corazón cartagenero, arpa eolia que vibró siempre con vibración de esplendidez y generosidad al menor llamamiento de la desgracia, acreditando que en Cartagena es tan inútil hablar de caridad como hablar al espacio de estrellas, al ruiseñor de trinos, a la primavera de aves y flores, de abejas y mariposas. Dirige luego excitación elocuentísima para que practiquen los ideales que evocan estos certámenes y explenden en la corona de María, a las autoridades, sociedad organizadora, a la clase directora intelectual y los periodistas que aunque se les denomina el 4.º poder son el primero porque la hoja volandera del periódico es la única bibliotera de la multitud. Dedicó discretísimas frases a la reina y a la corte diciendo que su reinado como la ilusión brillante y efímero como la ilusión no terminará cuando desciendan de su pedestal de flores; representa la mujer y Dios ha querido que la mujer sea la reina del hogar donde deben ser escultoras en sus esposos, en sus hermanos y en sus hijos del alma de la patria. Trabajemos todos, exclama, porque se injerten los ideales patrióticos y religiosos en el corazón de nuestro pueblo, porque sea Cartagena la Cova-

donga del engrandecimiento nacional, porque constituya la perla de hoy piedra miliaria que divida en dos la Historia cartagenera.

De este modo la corona que hoy ceñe las sienes de la Virgen no será cristalización de un sentimiento colectivo aunque pasajero sino codazo de atención a la generación del presente y voz que resonará de continuo en los oídos de las generaciones del porvenir, recordando a todos que solo son grandes los pueblos cuando a las mezquinas luchas del interés sustituyen las luchas ennoblecedoras por el ideal y que solo será Cartagena digna heredera de su historia gloriosa cuando todos sus hijos a diario enriquezcan, abriguen y perfeccionen la corona que esta ciudad ha puesto en las sienes de su Virgen, agregando a diario a esa corona el músculo, el oro del trabajo las inteligencias, el brillo del progreso y los corazones las divinas perlas que atesoraron siempre los corazones cartageneros, las que dan nombre a su Virgen, las perlas de la Caridad.

Imposible describir el entusiasmo que estalló al finalizar su discurso magnilocuente el orador Sr. Tortosa. Todos los espectadores en pie como un solo hombre aplaudían frenéticamente tan hermosísima peroración y durante varios minutos resonaron por la amplia extensión del coliseo las efusiones de simpatías y de reconocimiento por la mágica palabra del Sr. Tortosa, viéndose este obligado repetidas veces a tener que expresar su agradecimiento a todo el numeroso auditorio.

Felicitemos efusivamente al querido amigo y grandilocuente orador Sr. Tortosa por el nuevo triunfo alcanzado, uno más de los innumerables que tiene en su brillante actuación.

Lema: Janua Coelit

A la Virgen de la Caridad

"O bien de mí, que donzella
Que canta cabo el chequito;
Mira que boz delgadilla...

(Fr. Inigo de Mendoza. Vita Christi)

Sobre la torva meseta de aquel erizado monte
Que los lomos del Calvario recorta en el horizonte,
Clavando en plúmbeos vellones la testa de pedernal,

Aun alza al cielo los brazos, con el vil padrón de ofrenda,
Aquel trágico instrumento de la vendimia oruenta
En que dió Cristo su sangre, por redimirnos del mal.

Al pie del Sagrado Lleno, una mujer asfijada,
Sobre la veste purpúrea, hace del Hijo sin vida,
Del fruto de sus entrañas, la triste recolección.

Tiene la túnica y manto en su amarga savia, tintos,
Dónde chispea la sangre, como trágico jácinto
Que derrama el guardajoys del divino corazón.

Ella ha visto consumarse el más horrendo martirio
Que a la caódi la azucena vistió de cárdeno lirio...
Ha visto el sacro racimo en el árbol de la cruz...

Desde que tuvo el fatídico enocontro de la Amargura,
Ella ha recorrido toda la escala de la tortura,
Hasta que el llanto en los ojos le fué borrando la luz...

De la Pasión la alta rosa cortó con manos divinas,
Y de ella sólo conserva las sangadoras espigas,
Como vivas agujoneras, pisando en el corazón...

Desciende de regia estirpe: —de Dalí el rey poeta—;
Y tiene hundida en el pecho, como anuciadora el profeta,
La espada de siete filos del anciano Simón.